

# Poemas

Eduardo Chirinos

## SUEÑO CON SIRENAS

*The insatiable fiction of desire*  
Robert Lowell, «Mermaid».

Yo también he cerrado los ojos,  
he soportado el correa que me ataba al palo mayor  
pero no pude evitar su perfume de alas negras,  
su armonioso canto que enceguece el alma.  
Porque quise zafarme.  
Contra mi terca voluntad quise zafarme  
y conocer el vértigo que produce la caída,  
la insaciable ficción del deseo.  
Debo recordar que su cabello era largo y engañoso  
como una red,  
que en sus ojos brillaba una dulce maldad, que su boca  
sólo podía conducirme a la desesperación o al desastre.  
Pero su voz era música para mis oídos  
y sus manos –las tenebrosas alas que fueron–  
buscaron con ardor enlazarse con las mías.

Jamás las tuve más que en sueños.  
A veces veo su cola asomando a la superficie  
y escucho esa risa burlona que nunca pude comprender.  
Entonces me armo de valor y nado a su isla;  
allí retozan los cadáveres,  
luego se esfuman o transforman en arena.  
Ella cubría el mundo con los ojos  
y me borró con la mirada.  
Ahora sólo deseo despertarme.

Mayo 1992

## OJOS DE SIRENA

El buitre hunde sus garras en un polvo de huesos  
y nada levanta salvo un aire fétido,  
el blanco aire de la muerte que ahora respiro.  
He venido huyendo de una hermosa voz que me arrastraba  
y me abrazo a esta roca como el niño al seno de su madre.  
El resto es agua,  
círculos de espuma donde navegan los muertos,  
cadáveres de una atrevida y gloriosa embarcación.  
No me he cansado de invocar a los dioses,  
sólo aguardo con paciencia la llegada de la muerte,  
el ansiado remolino que me hunda en las profundidades.

Ninguna ninfa me ofreció su velo, ningún dios  
me señaló el camino de una ilustre y venerable vejez.  
Sólo veo la playa donde murieron los otros,  
los bravos marinos que inclinaron sus naves  
y endulzaron sus oídos con el relato  
de una guerra que odio.  
Ninguna nube me ofrecerá su sombra.  
Veo con alivio el buitre que se acerca,  
amenazante y sin miedo.  
Antes de morir veo en sus ojos  
los tristes ojos de una hermosísima sirena.

Noviembre 1992

## EL EQUILIBRISTA DE BAYARD STREET

*Para Roxana y Jorge, que las han visto.*

Camina de puntas el equilibrista de Bayard Street,  
evita el abismo la mirada y arranca de cuajo  
toda pretensión,

¿de qué sirven el heroísmo, la grandeza, el entusiasmo?  
Poca cosa es la vida para el equilibrista de Bayard Street,  
poca la indulgencia de llegar al otro lado y repetir  
cien veces la misma operación.

Una mujer lo observa sin asombro,  
tras la ventana acaricia el cabello de sus hijos  
y turba con su canto los oídos del equilibrista  
de Bayard Street.

Los vecinos lo ignoran, beben latas de cerveza, conversan  
hasta altas horas de la noche,  
¿quién repararía en tan inútil prodigio?  
Sólo los niños señalan con el dedo al equilibrista  
de Bayard Street;

ellos lo admiran, contienen la respiración y aplauden  
hasta espantar a los gatos.

Una iglesia presbiteriana es el orgullo de Bayard Street;  
Fue construida a principios de siglo y tiene torre y  
campanario.

Fija la mirada avanza hacia la iglesia el equilibrista  
de Bayard Street.

Su esposa ha preparado una pierna de pollo, ensalada  
de tomates y un plato de lentejas,  
con suerte harán el amor esta noche y tendrán un instante  
de feroz alegría.

Es muy joven la esposa del equilibrista de Bayard Street;  
es ella la encargada de tensar la cuerda, la que mide la  
distancia entre la ventana y la torre, la que  
tiene rostro de heroína de novela de amor.

A nada le teme el equilibrista de Bayard Street,  
pero hace varias noches que no duerme;  
dicen que soñó que sus zapatillas colgaban de la cuerda  
mientras los niños esperaban la hora en que se  
despanzurrara de una vez el equilibrista  
de Bayard Street.

New Brunswick, 1° Oct. 1993

## RARITAN BLUES

Aquí no hay bulla ni miseria,  
sólo un bosque de árboles mojados y cientos de ardillas  
correteando vivaces o escarbando una nuez.

A lo lejos un puente  
una interminable fila de automóviles retorna a sus hogares  
y nubes balando ante un perro pastor y amarillo.  
¿Eres tú quien camina en las riberas del Raritan?  
Recuerdo un río triste y marrón donde las ratas  
disputan su presa con los perros  
y aburridos gallinazos espulgándose las plumas bajo el sol.  
Ni bulla ni miseria.

El río fluye educado como en una tarjeta postal  
y nos habla igual que hace siglos, congelándose y  
descongelándose,

viendo crecer a sus orillas cabañas, iglesias, burdeles,  
plantas refinadoras de petróleo.

Escucho el vasto rumor del Raritan, el silencio de los patos,  
de los enormes gansos salvajes.

Han venido desde Ontario hasta New Brunswick,  
con las primeras nieves volarán al sur.

Dicen que el río es la vida y el mar la muerte.

He aquí mi elegía:

un río es un río

y la muerte un asunto que no nos debe importar.

New Brunswick, Nov. 1993.

## LOS MAPACHES DE JOHNSON PARK

Volver es siempre un poco triste.

Ahora estoy con mi mujer y la familia de mi mujer  
celebrando el nacimiento del Niño,  
el húmedo calor que agobia a Lima en verano.

Volver es siempre un poco triste.

Pronto retornaremos a New Brunswick,  
probablemente habrá nevado y el sol será un recuerdo,  
una fría corona de luz alumbrando la noche.

(Imposible no evocar la nieve en el país del sol,  
el silencio en el país de la niebla y la bullanga.)

Mientras escribo recuerdo a los mapaches.

Los vi una vez en Johnson Park;

glotones, traviesos, divertidos,

jugaban muy cerca a los barrotes de la jaula  
mostrando su antifaz de ladronzuelos de historieta,  
su cola de gorro trampero al estilo Daniel Boone.

Volver es siempre un poco triste.

Pronto los veré de nuevo en el zoológico,  
rebuscando comida en la basura,  
reventados por los automóviles en la carretera.

Lima, 23-27 Dic. 93.

## ESCUCHANDO VIEJAS BALADAS DE AMOR

Tal vez mis padres se enamoraron escuchando estas  
canciones.

Tal vez se hundieron juntos en un parque y se miraron  
como hoy miro a mi mujer,  
diciéndose las mismas palabras que se dicen desde siempre  
los amantes.

Tal vez también lloraron  
y discutieron y volvieron a amarse entre olores a fritura y  
cuentas por pagar.

Ah las viejas baladas de amor.

Recuerdo haberlas escuchado tantas veces de niño,  
en el asiento trasero del viejo Chevrolet,  
jugando junto a la radiola de madera que nos acompañó  
tantos años.

Muchos de esos cantantes han envejecido o han muerto,  
¿qué será de los espléndidos amores que cantaron,  
de la insolente juventud que reclamaban sus canciones?  
Ahora que las escucho pienso que esas letras pegajosas y  
cursis juntaron muchas manos, muchas bocas.

Las mismas que me ven escribir estas palabras  
y me dicen que los años no han pasado, que todavía las  
escuchan,  
que se amarán para siempre.

Lima, 27 Dic. 93 - 6 Ene. 94

NEW YORK, NEW YORK...

En N.Y. la nieve se acomoda en los techos de los  
automóviles

y brilla con un resplandor silencioso  
como si no quisiera irse.

Aquel día caminamos por Broadway Ave.

mientras los comerciantes arrojaban sal a las veredas  
y el polvo de nieve se acumulaba en las estatuas, en los  
parques, en los puestos vendedores de periódico.

Nuestros pies se hundieron en una amable alfombra  
y escuchamos la quebrazón del hielo,  
el tenue fulgor de las campanas de St. Patrick en las orillas  
del Hudson.

¿Qué más puedo decir sobre la nieve arañando el denso  
pelaje de N.Y.?

Para quien viene del sur la nieve es un regalo  
y la ciudad una doncella sin pechos, esbelta como una caña  
de plata.

Así lo dijo el viejo Pound.

Pero nosotros tarareamos una canción de Frank Sinatra.

Lima, Dic. 93 - Ene. 94